

Llovía levemente y los viejos eucaliptos de la carretera, soñaban en un mar de penumbra con algo de frío. Lo poco transitable de la carretera hacía que toda mi vida fuera identificada como un monumento a la soledad de la mujer, sabiendo que lo miserable de un hombre se llama traición, transformándose en virtud si eso les hace más fuertes. Ser débiles para ser fuertes. Mientras pude lo amé, mientras pude le fui fiel pero él mientras pudo fue hombre.

El frío se adentraba por las más miserables aberturas del coche y eso empañaba los cristales y en toda una vida de sufrimientos pues si había algo que arrastraba con él, era mi vida.

Hacia ya rato que la vía había dejado de estar iluminada, debí haber torcido mal en el cruce de Candelaria, pues recuerdo esto con algo más de actividad aunque seguramente estén en obras y por eso no lo reconozco. El camino hacia *Casa Amor* siempre fue toda una aventura. Hermoso nombre para nuestra casa del lago. Sabía seducirme. Me enamoraba con sus palabras y eso me cegaba. Ahora veo bastante luz. Pero nadie podrá hacer que vea la luz más clara.

Había poco tránsito por aquí y eso me producía pánico. Tengo miedo a la soledad, desde pequeña nunca quise estar sola. La verdad es que siempre le he tenido miedo a todo. Pero existe un miedo superior a lo desconocido que me atosiga constantemente y hace que busque apoyo en

mis novelas, identificándome y desprendiendo daño a mis personajes a través de la pluma. Jamás me llevaré bien con máquinas modernas. Entonces lo vi. Había alguien en la carretera. ¿Un autostopista por estos páramos? ¿Que hago? Existen tantos locos en este mundo, tantos asesinos, tantos violadores, tantos mendigos, tantos colegiales... que no sabía que hacer. Intenté pasarlo lentamente para ver su rostro, no lo conseguí aunque tampoco comprendí como mi pie pisó el freno. Miré por el retrovisor para divisarlo mejor, pero no estaba. ¡Había desaparecido!

¡Joder!

De pronto golpeó mi ventanilla. Me gritó para decir que se dirigía a las casas del lago de Netti, mientras hablaba comenzó a llover con fuerza. Me quedé perpleja mirando al frente y entonces lo vi claro, caminaba por un sendero a oscuras, mis pasos crujían presionando hojas muertas y la poderosa luz de la luna dejaba ver mi sombra y la de alguien más. Miré desconcertada en todos los sentidos que creó el navegante, pero era yo misma la que poseía dos sombras, una de mujer y otra de...

Entonces volvió a gritarme.

—Si, si sube —le indiqué con el dedo mientras salía de mi consternación producida por la repentina visión que había padecido y a la que me estaba sometiendo desde que me divorcié de Ariel. Pero un dulce olor a jazmín me devolvió a la realidad, estaba empapado y vestido con traje militar, pasamontañas y desprendiendo olor a... ¡Jazmines!

Me comentó algo del tiempo, me dijo que no esperaba ver a nadie por estos lares y me miró dos veces las piernas con precaución.

—¿ Vives en algunas de esas casas? – le pregunté sorprendiéndome a mí misma. Creo que empezaba una nueva vida para mí y eso me hizo sonreír levemente mientras le cuestionaba.

—Yo también vivo allí, soy dueña de la *Casa Amor*... – me apresuré a comentar.

—No, no... no vivo allí. Sólo voy a una fiesta, que me han invitado unos amigos y... no recuerdo como se llama la casa – me dijo con tono sarcástico. Pude parecer triste, pues se limitó a preguntar si me apetecía acompañarle. No era algo que me llegara en buen momento, pero si por algo me caracterizo es por lanzarme al vacío cuando no debo. Era guapo pero yo era demasiado repentina. ¿ Y Ariel? Seguro que se estaba acostando en estos momentos con alguna de esas bellezas de sus congresos de mierda.

De todas maneras mi casa estaba cerca y me podría marchar cuando quisiera...

—¿Es una proposición ó es sólo por animarme...?– directamente al vacío. Sonrió por unos momentos que me parecieron inmensos.

—Me espera mi novia allí, sólo era por animarte... lo siento – susurró. Una vez más supe que mi decadencia estaba próxima, ya nada iba bien. Por supuesto no podía negarme a ir, el orgullo de una mujer estaba dañado de nuevo y mi tono anterior le haría más poderoso.

—Pásate y tomas una copa... – dijo acertando de lleno. Le contesté un sí rápido y continué mintiéndole, mañana tendría que madrugar, le contesté. Ahí acabó una conversación que podría haber durado años por mi parte pero que solo duró diez minutos. Llegamos al cruce de urbanizaciones, Pinar de Braulia a la derecha, Lago de Netti a la izquierda...

Mientras entrábamos por el sendero creo que comenzó a cantar en voz baja. Vestido de militar a una fiesta, que poco tacto tienen los hombres a la hora de vestir. Y es que son todos iguales...

Me señaló una gran casa cerca del montículo que se alza en la parte norte del lago. ¿Cómo podía haber cambiado tanto en estos años? Ante nosotros calles con aceras, todo civilizado, todo legalizado con sus semáforos cada cincuenta metros, con su publicidad, con sus paradas de autobús... aunque estaba claro que seguía siendo un lugar de veraneo, pues ahora se encontraba totalmente desierto. Casas fuera de lugar, dormidas por el pobre invierno deprimente que te aconseja dormir y que te inspira tanto y tanto que te duele la cabeza. Ahora todo era silencio en esta parte del ¿pueblo? A mi izquierda *Casa Amarilla*, *Casa Panda*, *Casa Sueño*... ah, y ahí *Casa Pulgas* como la bautizó Ariel. Sin duda las primeras. Era la primera vez que veía aquella casa, antes no estaba allí. Debían ser nuevos inquilinos. Con mucha pasta para montar esa casi mansión que se alzaba en el lugar más caro del lago. Se distinguían luces de colores y gente por los grandes ventanales. Sin duda había marcha, se podían permitir poner

la música alta a estas horas de la noche, creo que éramos los únicos seres racionales a cincuenta kilómetros a la redonda. Eso me aceleró el pulso.

Mientras subíamos la cuesta que implicaba llegar, me estremecí al ver lo lejos que quedaba la cabaña que habíamos construido con tanto cariño, con tanto amor, pues eso es lo que albergó durante mucho tiempo. Donde pudieron haber correteado nuestros pequeños si lo hubiéramos tenido, puede que ese fuera el error, el error de la *Casa Amor*. Le faltó percibir el fruto de dos personas que se amaban y que creían que todo en este mundo les sería perfecto.

Aparcamos junto a varios coches bastante caros y cuando me bajé supe que aquella casa jamás existió. Me volvió a gritar recordándome que no nos habíamos presentado, que se llamaba Antón y que empezaba la fiesta, se frotó las manos y se dirigió hacia la puerta y tocó el timbre. De pronto se apagó la música, era como si nos esperarán, abrió la puerta una joven guapísima la cual se dirigió hacia él para besarlo y le dio las gracias...

¿Comprometido?

Pasamos, aceptando la invitación de la tal Alicia. Todo era lujo. Pensé por un momento en la droga que debía manipular el dueño y sonreí. Aquello olía a distintos perfumes, sobre todo a rosas y también a flores silvestres. Ramos de margaritas se aplastaban contra el suelo. Estaban todo reunidos en el inmenso salón, el cual abarcaba gran parte de la casa,

los cuadros no podían ser más repugnantes, hombres devorando hombres, monstruos devorando monstruos y ellos mirándome.

Alicia me presentó y todos saludaron, yo no sabía que decir, entonces Antón dándome un beso en la mejilla me cogió de la mano y me puso en el centro de todos...

—Tenemos por costumbre, cuando llega un invitado nuevo, ponédlo a disposición de todos durante un par de minutos... no te preocupes es sólo un juego... un juego al que tu también tú jugarás... —dijo el joven de pelo punky rubio que había salido de la nada pues antes no lo había visto. Entonces algo empezó a encenderse en mí, algo de pánico que se apagó cuando Antón me guiñó un ojo. Obedecí el gesto del punky, que gesticuló que girara sobre mí misma. Es duro sentir como una treintena de personas te observa, algunos con obsesión, algunos con perversión, algunos con odio y algunas con h...

Entonces cerré los ojos, así me sería más cómodo ese universo de tiempo, así sería capaz de crear mi propio agujero de gusano y atravesarlo cuanto antes pero entonces comencé a percibir un olor familiar. En la chimenea ardía romero, me encanta el romero cuando arde, me encantan tantas cosas cuando arden. Empecé a recordar como mamá quemaba romero en nuestro jardín se hizo de noche, me encontré de nuevo en ese sendero tan conocido por mí, a oscuras, con la luz de la luna llena persiguiéndome y yo gritando para no querer mirar mi sombra, que sin duda sé que apariencia tenía. Pero ahora es distinto, en este sueño

escucho un murmullo, una voz que me resulta conocida, una voz que acabo de conocer, *la llamada de la selva, nena... la llamada de la selva*, un susurro que parece llegar directamente a mi oído, *la llamada de la selva, nena* vuelvo a escuchar mientras abro lentamente los ojos y veo lo que creo ver, algo ha cambiado en todos ellos, todos me miran como perros enfurecidos, con ese regañadientes que les caracteriza, creo que la única escapatoria sería morir... aunque no tendré tanta suerte. Observo como mudan de conducta a lobo-hombre, pues eso es lo que me parecen... una gran familia de hombres lobo. Ahora sin dudar, pensando en mi sueño, volví a sonreír una vez más...

Hacía frío, aquí siempre llueve, en estas carreteras no hay nadie y menos en este tiempo. Mientras, no para de llover, camino y rezo porque pronto venga alguien, no quiero andar más... ¡Eh, por favor...!

Pobre de él ha parado. Mientras me acercó al coche pienso en lo malo de vivir, si merece la pena vivir para esto, golpeo la ventanilla para preguntar, esa pregunta recordará que le podía haber salvado la vida, solo debía elegir una dirección, la adecuada para vivir o la adecuada para morir, esta vez Ariel eligió mal.